

## **Pensarnos en una existencia poscoronial**

Lo poscoronial remite a un concepto acuñado por el filósofo alemán Markus Gabriel para describir los desafíos a los que se enfrenta la humanidad una vez que el orden global –en el que supuestamente habitábamos hasta el 2019– ha sido alterado por una sobrecarga de problemas morales que le permiten al filósofo llegar a afirmar que vivimos en tiempos oscuros. Ahora bien, la oscuridad de los tiempos no implica una pasividad nihilista ni relativista frente a los retos, en realidad, más bien, posibilita una invitación a seguir pensando cómo existimos una vez que los modos en que hemos existido nos han llevado a los resurgimientos de las ideologías que hoy favorecen los malestares sociales.

Evidentemente, sería iluso, e incluso bioconservador, afirmar algo así como que el momento coronial pudo haber sido enfrentado sin recursos tecnológicos de punta. Asimismo, una confianza ciega en la ideología tecnocrática tampoco es sana a la hora de intentar pensar la entidad que somos y los mundos en los que habitamos. Las posibilidades de volver a (re)pensar –e insistimos en el gesto de la persistencia necesaria y casi porfiada de esta actividad– se multiplican cuando hay espacios óptimos en donde diferentes voces, unidas por este interés común, encuentran un hogar en el que su existencia puede ser debatida con altura de miras. Tal es la ocasión presente. Por medio de esta publicación, ETHICS muestra sus respetos al profesor Dr. Roberto Campos Garro (†), quien, al estar a cargo del Centro de Estudios de Ética Aplicada, posibilitó un trabajo en conjunto entre esta publicación y el editor de la revista *ETHIKA+*. Llega a ser irónico que incluso un año después de su partida, el

trabajo posibilitado por Campos siga siendo real, pero también es de una alegría inconmensurable el que este trabajo haya logrado reunir voces de tantos amigos y expertos interesados en reflexionar sobre fenómenos que conforman nuestros presentes y futuros inmediatos.

El número abre con una reflexión que quizá hoy podría ser considerada desactualizada –en opinión del autor–, pero que por nuestra parte nos parece clave para vislumbrar cómo es que las figuras intelectuales claves de nuestra universidad alcanzaron a aprehender el presente tan oscuro en medio del que se intentaba pensar el *Contexto de quiebre* que representaba el habitar junto a lo colonial. Lo particularmente diferencial del discurso de Villarroel es que dos elementos se reunían bajo su reflexión: lo colonial, como ya hemos mencionado, y el estallido social chileno de 2019. Su conjunción no representaba solamente un reto para Chile en particular, sino también para el neoliberalismo, la filosofía y, en general, todas las disciplinas académicas que tuvieran relación con el habitar humano. En este sentido, se entiende el por qué la pandemia no debía ser entendida solamente como un problema sanitario, sino también como un problema que se levanta desde un contexto político y económico global. Frente a la gestión enfocada en la recuperación económica en detrimento de la salud pública se destacaba la necesidad de un enfoque bioético y biopolítico que considerara las implicaciones más amplias de la crisis. Sin un diálogo interdisciplinario sería imposible hacer frente a la razón técnica globalizante. Mas, para el autor, la crisis era también una oportunidad para reforzar el papel de las humanidades en el análisis de los desafíos contemporáneos.

Y las crisis no solamente se enfrentan con tecnología de punta, sino que hay otro fenómeno que también ha sido considerado como una tecnología capaz de “mejorarnos” y a la que estamos sometidos por varios años de nuestras vidas. Nos referimos a la educación, que se ha visto profundamente alterada en nuestra modernidad líquida, a decir de Camilo Vergara R., siguiendo al sociólogo Zygmunt Bauman. Esta modernidad se caracteriza por su fluidez y cambio constante, afectando el cómo los individuos interactúan con el conocimiento y la cultura. La educación, tradicionalmente anclada en estructuras estables, enfrenta desafíos

en este contexto fluido. Vergara argumenta que la educación se ha convertido en un bien de consumo dentro de una cultura dominada por el consumismo, perdiendo su función formativa y convirtiéndose en una herramienta para la construcción de identidades efímeras. El conocimiento, en esta era, se percibe como acumulable, pero no necesariamente duradero o relevante. El autor propone que los y las docentes deben adaptarse a esta realidad, pasando de ser autoridades rígidas a figuras flexibles capaces de preparar a los y las estudiantes para un mundo cambiante. Mas, ¿qué implicaría el adaptarse a este mundo? Quizás el que la educación en la modernidad líquida debe ser reinventada, enfocándose en desarrollar capacidades para manejar el cambio constante, en lugar de transmitir conocimientos estáticos. Esto requiere un replanteamiento radical del papel del/la docente y los métodos pedagógicos, adaptándose a un mundo en constante devenir.

Desde una perspectiva transhumanista, el ensayo de Alejandro Recio Sastre explora el impacto de los avances tecnológicos y los beneficios que estos pueden traer al ámbito educativo. La reconfiguración de las formas de enseñar que se vislumbraban en el manuscrito anterior aquí encuentra un primer testeo reflexivo. El autor señala que la incorporación de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) en la educación ha alterado las dinámicas entre educadores/as y estudiantes, cuestión que es especialmente evidente en la última década y, sobre todo, a partir de la pandemia de COVID-19. La educación a distancia, impulsada por la crisis sanitaria, ha llevado a una dependencia de la tecnología, situando estas experiencias dentro de un contexto transhumanista. Sin embargo, Recio Sastre cuestiona si estas modificaciones representan un cambio genuino en la educación o si son simplemente ajustes temporales a las circunstancias actuales. Recio aboga por una democratización de la educación transhumanista, destacando la importancia de espacios tecnológicos y virtuales creativos en el aprendizaje; por eso propone una educación que promueva la libre programación de metodologías de enseñanza y una mayor participación de los y las estudiantes en la creación de entornos de aprendizaje virtuales, desafiando así los modelos tradicionales que no conviven con la velocidad de los cambios producidos por la tecnología de punta.

En el fondo, los problemas y propuestas descritas en los escritos anteriores presuponen una discusión: y es que la pandemia afectó todas las relaciones posibles entre humanos y otras existencias. No es ilógico afirmar que la crisis sanitaria global tuvo directa relación con el desequilibrio ecológico producido directamente por nuestras acciones. Nuestros modos de habitar, en el Antropoceno, incluso permitían predecir la pandemia. De este modo, el proceder argumental de Fabiana Pellegrini recuerda las ideas de Hannah Arendt en *La condición humana* en función de sostener que la Tierra es esencial para la existencia humana y difícilmente puede ser reemplazada. No obstante, y desde una posición que no juzga de antemano el devenir tecnológico de nuestros modos de habitar, la autora, siguiendo las reflexiones de Luciano Floridi, sugiere pensar en una agencia artificial. El desarrollo de la inteligencia artificial (IA) en tanto que extensión de la capacidad agencial humana podría ayudar a enfrentar problemas medioambientales, siempre y cuando exista una responsabilidad y control en su uso. La pandemia, en este manuscrito, también se presenta como un recordatorio de que la responsabilidad es colectiva y existe una necesidad de un enfoque ético y sostenible para nuestra interacción con el mundo.

Ya hemos afirmado que uno de los elementos clave de este número y sus artículos es el constante progreso y evolución de la tecnología, aunque, para ser más específicos, lo que nos interesa es su relación con nuestras formas de relacionarnos y con el cómo habitamos los mundos que creamos. Dentro de estos mundos posibles el cuidado de sí también es uno de los ámbitos en que nos movemos y el deporte, tanto formativo como competitivo, ha sido uno de los lugares en donde por excelencia se juega el cómo nos entendemos a nosotros mismos. “Más rápido, más alto, más fuerte” ha sido, desde los inicios del olimpismo moderno, el lema oficial del deporte. Es a partir de este lema que se ha suscitado un modo específico de entender la práctica deportiva que ha perdurado casi incuestionable hasta nuestros días, pero que Vicente Garrido se interesa en revisar en función de las aristas que deja entrever. Con este fenómeno como su objeto de estudio, el autor, además de pretender establecer un diálogo entre la filosofía y el deporte, plantea las posibilidades disruptivas que el transhumanismo podría

tener sobre el ciclismo de ruta profesional. Esta relación se hace especialmente evidente alrededor del dopaje visualizando la historia que ha tenido el dopaje en el ciclismo de ruta, y con ello entender qué es, cómo se ha practicado en la historia, y cuál ha sido su impacto en la creación de normas deportivas. Siguiendo lo que se ha entendido como “espíritu deportivo”, el autor es capaz de ofrecer reflexiones en torno a la naturaleza del deporte y el humano a la luz de las posibilidades de un ciclismo que permite diversos usos de tecnologías.

Literalmente –y no desde una perspectiva filosófica– el cuidado de sí también significa quedarse en casa. Esto se convirtió en una necesidad en el periodo de la pandemia. Cuidarse, tanto mental como físicamente, implicaba repensar los estilos de vida de cada uno en las diferentes comunidades. Este cambio llevó a una transición de varias instituciones sociales hacia el ámbito digital, lo que nos lleva a cuestionar cómo estos espacios digitales afectan nuestras vidas. Reconociendo que los entornos virtuales son completamente creados por el hombre, el ensayo de Diego Ticchione se esfuerza por analizar cómo es que nuestras interacciones virtuales y lo que obtenemos de ellas pueden ser adaptados –a circunstancias como la pandemia o el mundo después de ella– e, incluso, mejorados. Esto requiere que seamos usuarios/as activos/as de estas plataformas, es decir, cuidamos de nosotros/as mismos/as, de nuestra subjetividad, y por lo tanto, de nuestras verdades en tanto que nuestra experiencia como usuarios/as de entornos virtuales puede ser diseñada. Sin embargo, los mundos digitales han exaltado un elemento común a la posmodernidad: la pluralidad de perspectivas y visiones de mundo. De esta forma, el cuidado de sí –desde una perspectiva filosófica, ahora– posibilita al autor cuestionarse sobre los espacios en los que nuestros cuerpos-digitales se entienden a sí mismos a la vez que son entendidos por otros/as. La virtualidad exige preguntarnos cómo es que nuestros modos de vida se ven afectados por las interacciones virtuales que nosotros/as mismos/as creamos e, incluso, en las que nos encerramos.

Al medio de este número incluimos una reflexión póstuma del profesor Roberto Campos Garro, enfocada, con un interés

increíblemente personal por estos temas, en los riesgos asociados en el manejo de datos en la investigación científica, específicamente en las ciencias sociales y humanas. Uno de sus proyectos aquí expuestos, e inacabados, era el desarrollo de una ética de los datos, que dictase lineamientos para un uso responsable de ellos y su protección, pero también advirtiendo los desafíos que presenta el desarrollo de nuevas tecnologías de punta. En este caso, Campos solamente alcanzó a conocer la versión 3 del chat GPT, y aun así ya intuía que este tipo de instancias de IA podrían vulnerar el anonimato y generar datos sintéticos que representarán nuevos horizontes de riesgos. La intuición del autor tenía relación con aspectos clave de la ética de la investigación en ciencias sociales y humanas: proteger a los participantes de los posibles daños y diseñar la investigación desde una perspectiva de integridad. Incluso, se atreve a afirmar – esta también era una de las ideas que intentaba desarrollar– que la protección de los datos podría ser mejorada si estos son vigilados por repositorios institucionales. Se manifiesta en su propuesta la necesidad de cautela y de un accionar ético desarrollados por la comunidad académica formada en la prevención de riesgos, pero también formada para los desafíos más urgentes.

La comunidad entre los ensayos aquí presentados es tal que la crítica al Antropoceno también se presenta como una crítica al capitalismo que ha acelerado la destrucción ecológica y amenaza la existencia humana. En este contexto, Ricardo Andrade introduce la noción de tanatosofía, una reflexión que considera la extinción como un fenómeno que tiene implicaciones éticas en nuestros modos de habitar. En este caso, la extinción depende directamente de nuestras acciones sobre la naturaleza. Por eso, Andrade toma ideas del poshumanismo con el fin de presentar una crítica al capitalismo y su impacto destructivo, al mismo tiempo que busca promover una superación del dualismo para habitar de maneras más armoniosas entre humanos y no humanos. Así, de mano de la teoría crítica, se ofrece una “ilustración oscura”, lo que se entendería como una actitud éticamente responsable frente a la extinción que busca una reconsideración profunda de nuestra relación con el mundo y nuestro futuro colectivo. Por eso, una premisa clave de este manuscrito es que para pensar la extinción se debe proveer una base conceptual

sólida. Tal arquitectura se desarrollará a partir de la ya mencionada noción de tanatosofía.

Una alternativa transhumanista a la extinción es el metaverso. El ensayo de Felipe Álvarez Osorio examina este fenómeno y su impacto en nuestra comprensión de la realidad y el conocimiento. En el fondo, el metaverso supone una comprensión específica del concepto de simulación, idea que ha sido desarrollada a lo largo de la historia de la filosofía –con Descartes y Putnam, por ejemplo– en función de promover herramientas de pensamiento para fundamentar el conocimiento y superar el escepticismo. Ahora, el problema es que, siguiendo a David Chalmers, la vida en mundos virtuales puede ser tan real y significativa como la vida en el mundo no virtual: ¿cuál sería un criterio de demarcación para determinar qué es una simulación y qué no lo es? Esto impacta directamente en nuestras formas de concebir la epistemología, en particular cómo nuestra confianza y conocimiento testimonial podrían llegar a ser afectados. Pero la pregunta es: ¿podemos confiar en las simulaciones biológicas o puras de la misma manera en que confiamos en las personas en el mundo real? No hay una respuesta última en el surgimiento de estas nuevas formas de habitar.

Habitar en mundos digitales también implica relacionarse directamente con una constante: la vigilancia digital en el uso de las redes sociales. Si el manuscrito anterior se preguntaba cómo es que las simulaciones pueden afectar nuestra comprensión de la confianza en otros, ahora la pregunta es cómo existir en medio de un panóptico puede transformar nuestras conductas y percepciones de la realidad. Así, para Valentina Cereceda Cáceres, la pandemia logró reafirmar la “necesidad” social de la presencia online debido a la separación física a la que estábamos forzados. Sin embargo, si bien las herramientas digitales, como las redes sociales, sirvieron para conservar y desarrollar nuestros lazos sociales durante el confinamiento, también funcionaron como un espacio de desahogo personal sin filtros y consecuencias. Con ello surge el problema del uso indiscriminado de las plataformas digitales como medios de acoso, debido a la distancia que se establece gracias al anonimato y el alcance global de estos espacios. Siguiendo a la autora, nos encontramos en un nuevo

panóptico en el que los usuarios activos de redes sociales también actúan como vigilantes, participando activamente de la supervisión y juicio de los demás. El comportamiento online actualiza las ya clásicas oportunidades de análisis de las formas de vigilancia modernas y nos permite preguntarnos por nosotros/as mismos/as en tanto que agentes de supervisión de la alteridad.

De regreso a las reflexiones en torno a la posibilidad de una existencia transhumana nos encontramos con el ensayo de Francisco Hernández, que aborda el tema del mejoramiento cognitivo como un fenómeno milenario, por más que hoy se insista en su aplicación contemporánea en Silicon Valley. Así, se busca reflexionar en torno a las formas en que las drogas que pretenden mejorar la condición pueden conllevar a abusos éticos si es que la moralidad social no está a la altura de los desafíos. En este sentido, y esgrimiendo argumentos transhumanistas, Hernández propone que la tecnología podría ayudar a saldar la deuda moral que posibilitaría un mal uso del mejoramiento. El terrorismo, el deporte y el amor se utilizan como objetos que permiten ilustrar la complejidad de nuestra relación con este tipo de tecnologías. En el primer caso, un mal uso de ella podría llevarnos a riesgos potenciales como la creación de armas de destrucción masiva, mientras que en el segundo caso –como se detalla en un ensayo anterior–, desde una perspectiva bioprogresista, se argumenta que el mejoramiento podría utilizarse para igualar las condiciones o elevar el nivel competitivo siempre que no se comprometa la salud de los deportistas. En el último caso, el amor puede ser reducido a formulaciones químicas, y sus beneficios analizados desde ellas. Por esa razón, sustancias como las feromonas, la testosterona y la oxitocina podrían ayudar a superar problemas en las relaciones no solamente amorosas, sino en la soledad o el desamor. Reconocer lo anterior, para el autor, es reconocer la posibilidad de reflexionar sobre los usos actuales del mejoramiento cognitivo y físico en diversos ámbitos de la vida social.

La moralidad a la luz de la tecnología es un tópico del que no se dejará de insistir fácilmente en este número. Sergio Ortega Bravo, desde una perspectiva fundamentada en la filosofía de José Ortega y Gasset, es capaz de sumar otro elemento a esta reflexión:



los proyectos de vida humanos. El agregar este elemento es la forma que el autor tiene de enfrentarse a la idea de la posibilidad de concebir al ser humano más allá de la técnica. Si bien el autor se suma a una discusión ya clásica en el debate bioconservadores y bioprogresistas –el cómo la tecnología afecta a la naturaleza humana y la moralidad–, la parte novedosa y propositiva tiene relación con utilizar el pensamiento de Ortega y Gasset en función de darle una nueva mirada a la discusión. Según el filósofo español el ser humano se autofabrica mediante la técnica y la tecnología, de manera que para él seríamos seres intrínsecamente técnicos y, por lo tanto, las modificaciones genéticas no podrían modificar esencialmente nuestro desarrollo moral. Esto no quiere decir que la tecnología no plantee dilemas éticos significativos, sino que más bien no podemos separarnos de ella al intentar pensar la entidad que somos. En este sentido, la autocomprensión de cada uno también puede ser comprendida como una actividad técnica del humano que permite comprender mejor los programas vitales. En el fondo, cuidar de la propia subjetividad es también comprender cómo nos moldeamos a nosotros mismos. De esta manera, Sergio Ortega ofrece una perspectiva influenciada por un pensador español que no siempre es considerado en estas discusiones. Rehabilitar pensamientos también es parte del quehacer filosófico.

El pensamiento de lo que somos también es el pensamiento de las formas en que se concibe nuestra subjetividad e identidad en los momentos más agitados de nuestra inmediata vida social. El ensayo de Germán Rozas Ossandon y José Oda Camplá, siguiendo la perspectiva de Frantz Fanon y su énfasis en el lumpen proletariado como motor de la revolución, aplica tal categoría explotando la subjetividad del “vagabundo” como alternativa al pensamiento racional moderno. La subjetividad del vagabundo se caracterizaría por un enfoque en el presente y la convivencia, más que en la acumulación de bienes o la planificación futura. Esta visión alternativa ve el mundo no como una máquina para descomponer y controlar, sino como un espacio para la experiencia compartida y la vida en comunidad. Los autores ilustran cómo es que la subjetividad vagabunda puede también ser leída en el estallido social chileno del 2019, en el cual movimientos no alienados con

una política común desencadenaron cambios significativos, porque en el fondo, no tenían nada que perder, pero sí todo que ganar. Una nueva arquitectura social para nuestro siglo necesita aprender a coexistir con subjetividades diversas y dialogar con sectores que han sido históricamente marginados por los modos de habitar que han desencadenado las crisis que hemos conocido.

Cerrando las cuestiones relacionadas a la pandemia y la tecnología, tenemos el ensayo de Ernesto San Martín que reflexiona sobre el papel de la evidencia científica y las estadísticas en la gestión de la pandemia del COVID-19 en comparación con otras epidemias ocurridas a lo largo de la historia. Una característica diferencial de esta crisis sanitaria es que su respuesta se basó en una movilización global, impulsada por una visión política centrada en la seguridad y la salud que como consecuencia nos llevo a medidas sin precedentes. El autor indica que, aunque el uso de estadísticas para monitorear enfermedades no es nuevo, la pandemia de COVID-19 se distingue por el uso intensivo de predicciones y modelos estadísticos para gestionar respuestas y políticas de salud. Estas predicciones, aunque necesarias, a menudo carecían de la transparencia necesaria en cuanto a su incertidumbre y riesgos. Lo que esto deja en evidencia es que la estadística ha sido una herramienta política que asume ciertas regularidades en los fenómenos humanos y sociales. Sin embargo, estas predicciones son limitadas y es necesario un enfoque crítico y transparente para contribuir a la reconstrucción de un mundo público u político informado y consciente de lo que puede y no puede ofrecer esta herramienta como una explicación válida.

Finalmente, el número cierra con un estudio sobre la memoria histórica en las calles de Santiago de Chile. Las calles son entendidas como elementos vivos de la memoria urbana, los que son capaces de reflejar las decisiones políticas y sociales que han transformado la urbe. Analizar cómo cambia la memoria colectiva es también dar luces de cómo ha cambiado la forma en que nos entendemos a nosotros mismos y como este fenómeno depende de las

decisiones políticas locales. Con su esfuerzo en buscar, documentar y fotografiar placas que revelan los nombres antiguos de las calles de Santiago, los autores argumentan que la ciudad no la logrado preservar una memoria coherente y continua en su desarrollo. El artículo cierra con reflexiones profundamente filosóficas, pues si tenemos una ciudad que es incapaz de afrontar los fenómenos que le dan continuidad en el tiempo, ¿qué perspectiva ofrece?, ¿qué posibilidad de memoria efectiva posibilita?

Como ya es tradición en *Cuadernos de Beauchef*, también se incluye una traducción del cuento *La fuerza de los fuertes* (1911) de Jack London, preparada por el editor invitado de este número, a partir de una conversación con Raúl Villarroel, en la que ambos recordábamos al profesor Campos y nos preguntábamos cuál sería una buena forma de homenajear su memoria, además de incluir una *in memoriam* y un texto póstumo. Creemos que este cuento, su caballo de batalla, por decirlo de alguna forma, es la mejor forma de recordar sus intereses filosóficos. Una lectura atenta permitirá a las y los lectores de esta versión publicada descubrir y recordar los intereses de nuestro compañero.

Nicolás Antonio Rojas Cortés<sup>1</sup>  
Editor invitado, Editor de *ETHIKA+*

---

<sup>1</sup> Licenciado y Magíster en Filosofía. Doctor (c) Filosofía, Universidad de Chile. Agradecimientos: Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo / Subdirección de Capital Humano / Beca de Doctorado Nacional 21210804. nicolas.rojas.c@ug.uchile.cl; <https://orcid.org/0000-0003-4969-6830>.